

# La hora de Jesús, la hora de su Madre (lo 2,4)

## I. Introducción histórica.

La respuesta del Señor en las bodas de Caná ha dado ocasión a muchos trabajos, prueba del interés que despierta su dificultad. Sin contar los Comentarios particulares del IV Evangelio y partiendo de los últimos años del siglo pasado, han escrito trabajos especiales, entre otros BOURLIER<sup>1</sup>, STIGMAYR<sup>2</sup>, DURAND<sup>3</sup>, POWER<sup>4</sup>, HERRANZ<sup>5</sup>, JOUON<sup>6</sup>, ANZOLANI<sup>7</sup>, GAECHTER<sup>8</sup>, SCHILDENBERG<sup>9</sup>, BRINKMANN<sup>10</sup>, IAGONO<sup>11</sup>, GALLUS<sup>12</sup>,

---

1 *Les paroles de Jésus à Caná*: RevBibl 6 (1898) 405-522.

2 *Zu Jo. 2, 4*: Der Katholik S. III, 20 (1899-1) 289-297.

3 *La réponse de Jésus aux noces de Caná*: RechSeRel 3 (1912) 157-159.

4 *Quid mihi et tibi, mulier? Nondum venit hora mea*: VerbDom 2 (1922) 129-130.

5 *Exposición exegético-práctica del Evangelio Dom. 2 p. Epiph. (Jn. 2, 1-11)*: EstBibl 2 (1927) 61-70.

6 *Notes philologiques sur les Evangiles (Jo. 2, 4)*: RechSeRel 18 (1928) 356.

7 *Jesus et Maria ad nuptias in Cana Gallatae*: VerbDom 9 (1929) 364-368.

8 *Maria in Kana (Jo. 2, 1-11)*: ZKvTh 55 (1934) 351-402.

9 *Das Rätsel der Lockzeit von Kana*: BenediktMonatsch 15 (1933) 123-130; 224-234.

10 *Quid mihi et tibi, mulier? Nondum venit hora mea (Jo. 2, 4)*: VerbDom 14 (1934) 135-141.

11 *Probaturne B. V. Mariae universalis gratiarum mediato ex Jo. 2, 1-11?*: VerbDom 18 (1938) 202-207.

12 *Quid mihi et tibi, mulier? Nondum venit hora mea (Jo. 2, 4). Possitne intelligi tamquam allusio?*: VerbDom 22 (1942) 41-50.

ZOLLI<sup>13</sup>, EUFRASIO DI CRISTO RE<sup>14</sup>, VANUTELLI<sup>15</sup>, BRAUN<sup>16</sup>, SCHNACKERBURG<sup>17</sup>.

Después de tanto estudio, parece que los exegetas hubieran debido llegar a una explicación concorde. No es así. La oscuridad sigue y las explicaciones no concuerdan.

El nombre de *mujer* con que Jesús interpela a su Madre, y que es la primera dificultad de la respuesta, es frecuente traducirlo como *Señora*, título de veneración y respeto<sup>18</sup>. Los

<sup>13</sup> *Quid mihi et tibi, mulier?*: Marianum 8 (1946) 3-15.

<sup>14</sup> *Che significa "Quid mihi et tibi"?*: LaScuoCat 75 (1947) 137-142.

<sup>15</sup> *Alle nozze di Cana*: Marianum 10 (1948) 72-73.

<sup>16</sup> *La Mère de Jésus dans l'oeuvre de Saint Jean*: RevThom 50 (1950) 446-463; 51 (1951) 5-68. Un como resumen de este trabajo teníamos hecho por COPPENS en EphThLov 26 (1950) 284-286, síntesis de la conferencia que dió el P. Braun en la Universidad de Lovaina.

R. LAURENTIN, *Bulletin Mariale*, La Vie Spirit. 85 (1951) 187-188 alaba mucho el trabajo del P. Braun, que ha resumido por entero el P. M. PENNADOR, *Maria Mater Iesu in scriptis ioannets*, EphMar 2 (1952) 85-101, rebajando la originalidad del P. Braun. F. M. WILLAM habla divulgado efectivamente, las conclusiones desde 1936, *Das Leben Marias, Der Mutter Jesu*, Freib. im Br., 1936, quien en el prólogo se reconoce deudor del P. P. GAECHTER, el cual juzga la obra de Willam en ZKaiTh 60 (1936) 593-596.

En cuanto a las palabras de Jesús desde la cruz a su Madre, que trata también el P. Braun, el trabajo más completo que conocemos es el del P. GAECHTER, ZKaiTh 47 (1923) 391-429. El cual, a su vez, como él mismo confiesa, depende mucho de H. LEGNANI, *De theologica certitudine Maternitatis B. Virginis quoad fideles iuxta Christi verba "Mulier, ecce filius tuus"*, Venetilis, 1899. J. B. TERRIEN, *La Mère de Dieu et la Mère des hommes*, P. II, l. IV, c. II, cita igualmente a Legnani y a VENTURA, *La Madre di Dio, madre degli uomini*, Roma, 1845. LEGNANI, a su vez, depende de VENTURA y sobre todo de A. NICOLÁS, a quien cita expresamente, *La Virgen María en el plan divino*, t. II, Barcelona, 1866 (trad.)

VENTURA, que es al autor más antiguo y que más detenidamente haya estudiado el texto de S. Juan, depende de J. SYLVEIRA, *Commentariorum in textum evangelicum*, t. V, Venetilis, 1728, pues lo cita expresamente. Y SYLVEIRA, a su vez, depende de AMMONIO.

La tesis de la Maternidad espiritual de la Virgen, fundada en S. Juan, la ha divulgado en España el P. BOVER en diversos artículos, EstEcl 1 (1922) 5-18; VerDom 4 (1924) 225-231; EstBibl 2 (1942) 627-646.

Anterior al P. Braun es el artículo del P. T. GALLUS, *Mulier, ecce filius tuus*: VerDom 21 (1941) 289-297; cf. etiam VerDom 27 (1949) 65-73.

El trabajo, sin embargo, del P. BRAUN es de verdadero interés y ha tenido amplia repercusión por ser un estudio de conjunto y muy bien armonizado.

<sup>17</sup> *Das erste Wunder Jesu (Jo. 2, 1-11)*, Freiburg im Br., 1951, p. 76.

Para completar la bibliografía puede consultarse:

SIMÓN-DORADO, *Prælectiones biblicæ. Novum Testamentum, vol. I*. Taurini, 1947, p. 420-425; ROSCHINI, G., *La Villa di Maria*, Roma, 1948, p. 243-271; CEUPPENS, F., *De Mariologia Biblica*. Torino-Roma, 1948, p. 181-191.

<sup>18</sup> Cf. SIMÓN-DORADO, op. cit. p. 422.

autores con esta explicación parecían satisfacerse. Sin embargo, recientemente el P. BRAUN se muestra insatisfecho. Cuando un judío se dirigía a su madre en arameo, le decía: *immá*, madre, madre mía. Si Jesús llama a la suya *mujer*, *illá*, parece que prescinde de su cualidad de hijo. ¿Por qué lo hace así? Apelar a Io 19,26, donde también da a la Madre el mismo nombre de *mujer*, es explicar una cosa oscura por otra más oscura<sup>19</sup>.

La respuesta consta de dos partes: *τί ἔμοι καὶ σοί, γόνα; ὅπου ἤκει ἡ ὄρα μου*, y ambas ofrecen verdadera dificultad.

La primera, "*Quid mihi et tibi?*", contiene cierto sentido *negativo*, y en esto es unánime hoy el sentir de los autores. Las divergencias empiezan cuando se quiere precisar el alcance y objeto de la negación. Ayer, como hoy, se encuentran las más dispares explicaciones.

Muchos ven una verdadera repulsa y negación de lo que busca la Virgen<sup>20</sup>. En este sentido de repulsa se pueden explicar los que hablan de indiferencia por la falta material de vino. ¿Qué nos va a ti y a mí en esto?<sup>21</sup>.

Para otros, la negación se reduce en la práctica a una verdadera afirmación, que se puede traducir de diversas maneras: "Déjame hacer; no es necesario que tú intervengas"<sup>22</sup>; "¿qué diferencia o discordia existe entre nosotros dos? Estoy enteramente de acuerdo contigo"<sup>23</sup>; "¿qué quieres de mí?, ¿qué quieres que haga?"<sup>24</sup>.

De las traducciones directas modernas que tenemos en español todas admiten un sentido negativo: "¿Qué tenemos que ver tú y yo?" (Bover-Cantera). "¿Qué nos va a ti y a mí?" (Nacar-Colunga). "¿Qué nos va a ti y a mí?" (Straubinger). "Deja de suplicarme, no me hagas esta petición... Yo bien quisiera complacerte, pero no me es posible. Ruégote, pues, que no insistas"<sup>25</sup>.

<sup>19</sup> Cf. art. cit. RevThom 50 (1950) 447.

<sup>20</sup> Así, por ejemplo, el P. DORADO, que cita a S. IRENEO, S. J. CRISÓSTOMO, S. AGUSTÍN, SCHANZ, SCHAEFER, BARMANN, LAGRANGE, TILLMANN, SICKENBERGER, PRAT, LEBRETON, GAECHTER, BRAUN, JOUON, WILLIAM, BEEL, THIBAUT, p. 423, n. 1.

<sup>21</sup> El P. DORADO cita en este sentido a EUTIMIO, CAYETANO, FOUARD y RIERA, p. 423.

<sup>22</sup> El P. DORADO cita a FILLION, KNABENBAUER, LE CAMUS, CALMES, p. 423.

<sup>23</sup> El P. DORADO cita a SEISENBERGER, M. I. OLLIVIER, p. 423. Y en este mismo sentido habla P. VANUTELLI en el art. cit.

<sup>24</sup> El P. DORADO cita a J. VITEAU, ROESCH y POWER, p. 423, not. 1.

<sup>25</sup> A. FERNÁNDEZ, *Vida de Jesucristo*, Madrid (BAC), 1948, p. 135-138. Hace un buen estudio de todo el pasaje.

Esta diversidad de sentencias prueba que la dificultad sigue en pie y que no hay una explicación plenamente satisfactoria.

Podemos convenir todos en que la respuesta del Señor implica algo negativo. ¿En qué forma y cuál es su objeto concreto e inmediato?

El P. Andrés Fernández cree que no existe fundamento bastante sólido para la explicación dada por no pocos autores: "que con su respuesta quiso hacer resaltar Jesús su *independencia* de la carne y de la sangre en lo que se refería a su oficio mesiánico"<sup>26</sup>.

Sin embargo, esta es la sentencia que propone recientemente el P. Braun<sup>27</sup>, como ya antes la había defendido el Padre Gächter el 1931<sup>28</sup>.

Esta es la explicación que nosotros queremos razonar después.

La segunda parte de la respuesta del Señor: *Nondum venit hora mea*, οὐπω ἔχει ἡ ὥρα μου, que hay necesariamente que referir a la primera, como hoy sostiene todos<sup>29</sup>, se puede interpretar de diversas maneras también. Algunos autores le dan un sentido afirmativo en forma interrogativa, como si dijera: "Nondum venit hora mea?". La inmensa mayoría acepta la forma enunciativa y negativa de la Vulgata. Y de éstos la generalidad refiere la hora al tiempo de realizar los primeros milagros en la fiesta de la Pascua y en Jerusalén (Io 2,23)<sup>30</sup>.

Sin embargo, ya desde antiguo y también en nuestros días, otros autores refieren la hora de Jesús al tiempo de su muerte y de su glorificación. Esta es la sentencia que expone ampliamente el P. Gächter en su profundo artículo, que ha revalorizado el P. Braun.

Su mérito está en haber recogido todos los elementos del Padre Gächter y haber formado un conjunto exegético más armónico de toda la respuesta del Señor. La negación de subordinación familiar que Jesús niega en la primera parte queda limitada al tiempo de su ministerio público, mientras

<sup>26</sup> L. c., p. 137. A. NICOLÁS, *La Virgen María en el plan divino*, II. Barcelona, 1866, p. 320s., expone muy bien el sentido transcendente en que habla el Señor.

<sup>27</sup> Art. cit.

<sup>28</sup> Es el trabajo más serio que conocemos. En cuanto al sentido de las palabras de Jesús dice: "Jesus sagt nicht: ich erfülle deine Bitte nicht oder so ähnlich, sondern er verneint, weiter ausholend, eine Gemeinsamkeit im Denken und Handeln mit Maria", p. 369.

<sup>29</sup> Cf. ROSCHINI, *Vita*, p. 258.

<sup>30</sup> Cf. P. DORADO, p. 423.

consuma la obra de su Padre; ella terminada en el Calvario, las relaciones de Jesús con su Madre volverán a ser aquellas que existieron en Nazaret: las de estrecha unión y de filial sumisión. En la realización de su obra redentora Jesús no reconoce más principio director que el de su Padre, y esto es lo que afirma en la respuesta de Caná. No niega la petición y deseo de su Madre; lo que niega es que obre por principios de carne y de sangre. Si obra el milagro es porque en la intervención de su Madre ha visto la voluntad del Padre celestial. Afirma, pues, su criterio plenamente sobrenatural, al mismo tiempo que señala a su Madre un camino de alejamiento y de vida privada, mientras llega la hora de la consumación y de la redención. La vida de la Madre entrará entonces en una fase pública y social, en el ejercicio de una maternidad universal y espiritual, que es la que le señala desde la Cruz, cuando le dice: *he ahí a tu hijo* (Io 19,26). Las palabras de Caná y del Calvario se completan y relacionan mutuamente.

Si esta explicación tiene un fundamento positivo y sólido en la letra misma de S. Juan considerada en su contexto próximo y remoto, será difícil encontrar una explicación que deje mejor la misión del Hijo y la misión de la Madre, que los una más estrechamente en la salvación de la Humanidad. La hora de Jesús, que sería la hora de recoger el fruto de su Pasión y Muerte, en la propia glorificación y en la de sus discípulos, sería la hora de la Madre también, la hora en que Ella intervenga más directa y activamente en glorificar a Jesús y en salvar a los hombres.

## II.—La tradición.

Referir la hora de Jesús al momento en que muere y va a ser glorificado, no es nada nuevo en la historia exegética de este paso.

El primero que habla claramente en este sentido es SAN AGUSTÍN, en su comentario al Evangelio de S. Juan, tanto cuando comenta el capítulo II como el XIX.

“Miraculum ergo exigebat Mater; at ille tamquam non agnoscit viscera humana, operaturus facta divina, tamquam dicens: Quod de me facit miraculum, non tu genuisti, divinitatem meam non tu genuisti: sed quia genuisti infirmitatem meam, tunc te cognoscam, cum ipsa infirmitas pendebit in cruce, hoc est enim: *nondum venit hora mea*”<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> *In Jo.*, tr., VIII, n. 9: ML 35, 1455-6; tr. 119, n. 1; ML 35, 1950.

Tenemos en estas palabras todos los elementos básicos de nuestra exégesis: la hora de Jesús es la hora del Calvario; cuando esa hora llegue, Jesús reconocerá los vínculos de carne y sangre que le ligan a su Madre. Por el momento, mientras realiza las obras de su Padre, no los reconoce.

SAN MÁXIMO DE TURÍN (m. 380) es más incompleto. Se contenta con referir la hora de Caná a la hora del Calvario<sup>32</sup>.

FULGENCIO DE RUSPE (m. 533) identifica la hora de Caná con la hora de la Pasión y la relaciona con Io 7,30 y Mc 14,35<sup>33</sup>.

RUPERTO DE DEUTZ (m. 1135) representa en la Edad Media la interpretación de S. Agustín, y tiene todos los elementos de la explicación moderna, que defendemos.

Hasta entonces Jesús se había mostrado súbdito de su Madre, como afirma S. Lucas, 2,51:

*"Nunc autem, ubi miracula facere incipiens ad hoc se praeparat, ut paulo post per civitates et castella circumeat, et regnum Dei annuntiet, dicit eidem matri suae: "Quid mihi et tibi est, mulier". Cui simile est illud, quod iuxta alium Evangelistam, loquente eo ad turbas, cum dixisset ei quidam: Ecce mater tua, et fratres tui foris stant, quaerentes loqui tibi. Respondens eis ipse dixit: Quae est mater mea, et qui sunt fratres mei". Et extendens manum in discipulos, dixit: Ecce mater mea, et fratres mei..."* (Mt 12,46-50).

Esta separación e independencia de Jesús con su Madre termina en el momento mismo en que consuma la obra que le ha encargado el Padre:

*"Cui videlicet magno ac necessario salutis operi Iesus intentus, nesciturum se matrem suam profiteretur, donec eodem opere peracto dicat ei: Mulier, ecce filius tuus (Jo 19,26). Quod videlicet in hora mortis suae dicturus erat. Unde et cum dixisset: Quid mihi et tibi est, mulier, protinus addidit: Nondum venit hora mea. Ac si diceret: Ex quo ad baptismum veni, et in desertum exivi, destitutam te esse praesentia mea, materno affectu suspirasti, nunc habes me in his nuptiis, et gaudes quod praesentia mea fruaris, sed adhuc tempus imminet, ut magis ac magis te relicta, non desinam circuire per civitates et castella... Nec habeo facere voluntatem meam, sed impositam a Patre perferre obedientiam... Ad haec quidem dicta, non ad illud respondit, quod dixerat mater: vinum non habent. Sed ad interni desiderii eius clamorem vehementem... quia faciem eius ardebat semper videre praesentem. Nam convivas, quorum devotione invitatus fuerat, non minus quam ipsa beneficio lactificare, maxime ob*

<sup>32</sup> Homilia XXIII, De Epiph. Domini, VII: ML 57, 275.

<sup>33</sup> Epist. XIV, q. 5, n. 41: ML 65, 429.

utilitatem illorum, quos hoc viso miraculo noverat in se credituros esse. Recte ergo sequitur: Dicit mater eius ministris..."<sup>34</sup>.

Dos elementos nuevos aporta Ruperto sobre la explicación de S. Agustín: La sequedad o frialdad de Jesús con su Madre en Caná es la conducta que va a observar con ella durante el ministerio público, y así encuentra su réplica mejor en la respuesta que da a los que le avisan de que su Madre (en primer término) y sus hermanos le buscan para hablarle. El no reconoce más madre ni hermanos que los discípulos que le ha dado su Padre. No reconoce los lazos de la carne y de la sangre, sino los lazos del espíritu.

Otro elemento importante para la inteligencia del texto nos da Ruperto, a saber: que la respuesta de Jesús mira directamente y se dirige a la *psicología de la Madre*, a su interior (ad interni desiderii eius clamorem vehementem), y no a lo que le pide en favor de los esposos. En esto segundo convenía el Hijo con la Madre. Así se explica que la Virgen se dirigiera a los criados para prepararlos al milagro y que luego el Señor hiciera inmediatamente el milagro. De otra manera habría siempre contradicción entre lo que dice Jesús y entre lo que hace El y entiende su Madre.

SANTO TOMÁS recoge completa la explicación de S. Agustín y con sus mismas palabras<sup>35</sup>.

Estos nombres bastan para probar que la relación entre Caná y el Calvario no es nueva. Modernamente se encuentra, primero, en GAECHTER el año 1931, y luego en BRAUN el 1950<sup>36</sup>. También la siguen O. CULLMANN<sup>37</sup> y HOSKYNs<sup>38</sup>.

HERBERT PREISKER cree también que la escena de Caná se explica y completa con la del Calvario. En Caná, Jesús afirma su personalidad y la voluntad del Padre en la obra de la redención humana. Al fin de la vida, en la cruz, señala a su Madre el papel que le corresponde en el seno de la comunidad de los fieles<sup>39</sup>.

Basten estos nombres antiguos y modernos, católicos y protestantes, para ver que la sentencia que relaciona la res-

34 *Comment. in Jo. 2, 4, 1, II*: ML 169, 280-282. Cf. C. AUDISIO, *La missione di Maria Santissima verso gli uomini secondo Ruperto di Deutz*, Torino, 1949.

35 *In Jo.*, c. II, lect. I, ed. IV. Taurinensis, 1925, p. 79.

36 O. c. p. 352, 369.

37 *Urchristentum und Gottes Dienst*, 2.<sup>a</sup>, Zurich, 1950, p. 67.

38 *The Four Gospel*, London, 1947, p. 188.

39 *Joh. 2, 4, und 19, 26*: *Zeitschrift für NeutestamentWiss* 42 (1949) 209-214.

puesta de Jesús en Caná con las palabras que dirige a su Madre desde la cruz sigue en pie y no se puede desechar sin razonamiento serio. Y esto es lo más interesante: su fundamento sólido y positivo.

### III. El contexto remoto.

Dos ideas fundamentales comprende nuestra explicación: Jesús afirma en Caná su independencia de la carne y de la sangre en la obra de salvación que el Padre le ha confiado, y al mismo tiempo deja entrever el gran papel que su Madre ha de ejercer en el nuevo Reino, una vez consumada la redención. Estas dos ideas están en el resto del Evangelio. Y las podemos probar con un triple paso.

#### 1. LA INDEPENDENCIA MESIANICA DE JESUS

Esta idea está afirmada repetidas veces en el Evangelio de S. Juan en términos generales y en los Sinópticos aplicada expresamente a su Madre.

En el IV Evangelio es frecuente que Jesús afirme su subordinación directa y exclusiva al Padre en la misión que trae al mundo.

Esta idea de consagración y servicio total la puede expresar de diversas formas. La más frecuente es la de *la misión*. El Padre *lo ha enviado* al mundo. Esta idea es verdad que significa primeramente dignidad y excelencia, la autoridad que tiene Jesús como Legado especial de Dios. Y hasta llega a identificarse con su origen divino y natural del Padre (17.8). Pero al mismo tiempo indica también que él obra en nombre del Padre, que es un legado y representante suyo<sup>40</sup>.

Otras veces dice que *sus obras son obras del Padre*<sup>41</sup>, *sus palabras son palabras del Padre*<sup>42</sup>; que él honra y glorifica al Padre<sup>43</sup>. En fin, que él sólo ha venido *a hacer la voluntad del Padre*<sup>44</sup>.

Es decir, que el Padre preside toda su actividad mesiánica.

<sup>40</sup> Cf. Io 3, 17. 34; 5, 23. 24; 36-38. 43; 6, 29. 40. 44. 58; 7, 16. 18. 28. 29; 8, 16. 18. 26. 29. 42; 10, 36; 11, 42; 12, 44. 49; 13, 20; 14, 24; 15, 21; 16, 5. 27. 28; 17, 8. 18. 21. 23. 25.

<sup>41</sup> Io 5, 17. 19-20. 36.

<sup>42</sup> Io 8, 26. 28. 38. 40; 12, 49. 50; 14, 10. 24; 15, 15; 17, 8. 14.

<sup>43</sup> Io 8, 49. 55; 10, 15.

<sup>44</sup> Io 4, 34; 5, 30; 6, 38-40; 8, 29; 10, 18; 14, 31; 15, 10; 17, 4.



Y esto es lo que nos dicen los Sinópticos de una manera más directa a nuestro propósito en aquellos casos en que Jesús habla con su Madre.

El misterio de la respuesta a su Madre en el Templo, a la edad de doce años, no es más que éste. Jesús se debe a las cosas y a la voluntad del Padre (Lc 2,49). Si luego vuelve con ellos a Nazaret y les está sujeto, es porque así cumple con las cosas de su Padre.

Había pasado un año largo desde el suceso de Caná, porque Jesús estaba en pleno ministerio galileo, cuando un día le anuncian que *su Madre*, en primer término, y sus hermanos, querían verlo y hablarle. La respuesta conserva la misma frialdad y dureza de las otras dos anteriores del Templo y de Caná: "*¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?*" (Mt 12,48). Es una respuesta negativa. Jesús no conoce los vínculos de la carne y de la sangre. No conoce más que los del espíritu. Señalando con la mano a sus discípulos, dijo: "*He aquí mi madre y mis hermanos. Cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre del cielo, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre*" (12,49,50).

Este espíritu es el mismo que nosotros defendemos para la respuesta en las bodas de Caná.

San Lucas nos ha conservado otra respuesta inspirada en la misma elevación de miras. Es la reacción de Jesús ante las alabanzas que dirigió a su Madre una mujer del pueblo dentro de un plano humano: "*Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan*" (Lc 11,28).

## 2. LA HORA DE JESUS

Si examinamos el contenido que tiene la hora de Jesús en el resto del Evangelio de S. Juan, veremos que prevalece con mucho el sentido que le ha dado S. Agustín en el pasaje que estudiamos. La hora de Jesús mira al momento cumbre de su vuelta al Padre.

El P. Gächter ha estudiado ampliamente este término<sup>45</sup>, y aunque su trabajo y sus argumentos no han sido suficientemente justipreciados, su conclusión sigue en pie y nadie la ha refutado. El P. Lagrange afirmaba el 1932<sup>46</sup>, que la hora de Caná no se puede referir a la hora de la glorificación de Jesús, como sostiene el P. Gächter, pero no refutaba las razones en que él se basa.

<sup>45</sup> A. c., p. 377-389.

<sup>46</sup> *Bulletin*, RevBibl 41 (1932) 122.

El término hora (*ώρα*) sale hasta veintiséis veces en el IV Evangelio. Y solamente en ocho casos se refiere al tiempo material<sup>47</sup>. En los demás casos se refiere a un tiempo concreto y trascendente de sentido religioso, que marca la redención<sup>48</sup>. Si se examinan estos pasos, se ve que la vuelta de Jesús al Padre tiene una importancia grande. Desde luego, en todos los casos donde expresamente se habla de la hora *de Jesús*, prescindimos del caso de Caná, se habla de su muerte y glorificación por la vuelta al Padre<sup>49</sup>. Es muy interesante el capítulo VII para el sentido que tiene la hora de Jesús. Se habla primeramente aquí del *tiempo* de Jesús (*ὁ καιρός*). Este tiempo es tiempo de manifestación y glorificación (7,6.8). Para sus parientes, la hora o el tiempo de la glorificación de Jesús había llegado, cualquier momento era apto. Para él no había llegado todavía. Así explica S. Agustín, apoyándose en 7,30, donde se trata ciertamente de la hora de la Pasión<sup>50</sup>. Jesús alude varias veces en este discurso de la fiesta de los Tabernáculos a su vuelta al Padre. Falta ya poco tiempo para que vuelva a su Padre (7,33.34). Es el momento decisivo de su obra salvadora. A su glorificación estaba vinculada la vida eterna por la efusión del Espíritu Santo en los creyentes (7,39).

Aunque en este capítulo no se habla expresamente más que una vez de la hora de Jesús identificada con su Pasión (7,30), las demás veces se habla de la misma bajo la forma de tiempo que no ha llegado todavía, pero que está para llegar, y se le asigna una importancia grande para la vida espiritual de la Humanidad (7,39).

La hora de Jesús se vuelve a identificar expresamente con la de su Pasión en 8,20 y en 12,23.27 se identifica implícitamente la hora con el momento de la glorificación. Es el momento a donde se dirigía toda su vida.

Las palabras del Señor en este último capítulo merecen especial consideración. Los gentiles han empezado a interesarse por él. Y esta es la hora de la glorificación del hijo del hombre (12,28). Es la hora de que el grano de trigo muera

<sup>47</sup> Io 1, 39; 4, 6. 52 (dos veces). 53; 11, 9; 19, 4. En todos estos casos se aplica a la división del tiempo. En 5, 35 tiene el sentido de poco tiempo.

<sup>48</sup> Io 16, 21 se refiere al parto de la mujer, que es momento crítico y con el cual se relaciona la hora del Señor.

<sup>49</sup> Io 7, 30; 8, 20; 13, 1. Cf. 12, 2327 (dos veces); 16, 32; 17, 1. En estos últimos casos no se habla expresamente de la hora *de Jesús*, pero se dice equivalentemente.

<sup>50</sup> La exégesis del P. Lagrange nos parece contradictoria; 7, 6 lo refiere al momento oportuno de subir a Jerusalén, mientras que 7, 8 y 7, 30 los refiere a la Pasión.

y dé fruto. Jesús se conmueve en su espíritu, como en todas las grandes ocasiones. Es la cumbre de su carrera y hace una oración sentida, pidiendo al Padre que lo glorifique en esa hora. Para eso ha llegado a ese momento, a esa hora crucial de su vida: para que el Padre lo glorifique (12,27).

La hora, que se repite enfáticamente dos veces dentro del mismo verso, está cargada de sentido especial; es un momento cumbre previsto desde atrás y hacia donde Jesús viene caminando hace tiempo. Al principio de su ministerio podía decir que no había llegado todavía. Ahora *al final* del mismo dice que ya *ha llegado*. Y esto mismo dice el Evangelista al principio de su segunda parte, cuando empieza la historia de la Pasión: La víspera de la Pascua, consciente Jesús de que *había llegado su hora*, la hora de pasar de este mundo al Padre... 13,1.

Vuelve de nuevo a hablarse de que *la hora ha llegado*, porque estamos cerca del fin. Y aquí el Evangelista mismo nos explica cuál es la hora de Jesús, qué entiende él por su hora: el tiempo de volver al Padre<sup>51</sup>.

La oración sacerdotal comienza con la afirmación solemne de que *ha llegado la hora* (ἐλήλυθεν ἡ ὥρα). Fuera de que esta hora se relaciona con la glorificación de Jesús, no hay más determinación que la del artículo, porque se trata de un momento señalado, propio, muy conocido, de algo buscado y esperado. Ha llegado, y el Hijo pide al Padre que lo glorifique (17,1).

A medida que se va acercando la partida de Jesús, *la hora* aparece más frecuente en sus labios y en la pluma del Evangelista. Solamente en el discurso de la Cena sale hasta *siete veces*. Si le añadimos las otras veces que sale en el discurso de la fiesta de los Tabernáculos (dos veces) y el Domingo de Ramos (tres veces), tenemos hasta doce casos, que es la mitad del empleo en todo el Evangelio. Es decir, que la hora en el IV Evangelio no es algo indiferente, sino que tiene un marcado signo de trascendencia y redención. Añádanse a estos doce casos los dos en que Jesús la refiere a la nueva economía religiosa que está para venir (4,21,23) y a la resurrección de los muertos, que se considera ligada a la resurrección misma de Jesús (5,25,28), y el momento en que Juan toma a María por Madre (19, 27), y se verá la importancia que tiene la palabra en el IV Evangelio y cómo coincide con la importancia que tiene en Caná. De veintiséis casos, ocho se

<sup>51</sup> ἵνα μεταβῆ equivale a un infinitivo epexegetico, la hora de pasar. Cf. 15, 8. 12; 17, 3. ZERWICK, M., *Græcitas Biblica*. Romæ, 1949, p. 93, n. 290.

refieren al tiempo y dieciocho a algo importante en la vida de Jesús, y muy particularmente a su muerte y glorificación.

Si el sentido de la hora en Caná se refiere al principio de los milagros, como es frecuente afirmar, tendremos un caso único en todo el Evangelio, que discrepa del sentido corriente y como hecho que tiene desde el capítulo VII, por lo menos, y aun en los capítulos IV y V. Desde el capítulo IV la hora se aproxima; desde el capítulo XII la hora ha llegado. Se explica muy bien que en Caná no hubiese llegado, porque estamos al principio de la vida pública.

### 3. LA HORA DEL CALVARIO

La respuesta de Jesús en Caná deja entrever, como hemos dicho, que las relaciones con su Madre experimentarán un cambio cuando llegue su hora. Si no tuviéramos otro texto, esta conclusión la podríamos entrever, pero su prueba sería muy difícil. Afortunadamente, el mismo Evangelista que nos cuenta la escena de Caná, vuelve a hablarnos de las relaciones de Jesús con su Madre y nos las presenta en otro plano. Han cambiado. Vuelve a salir la hora. Pero en esa hora María ya lo es todo para los discípulos de Jesús.

Si se examina la intervención de María en Caná, se observará en ella el retrato de la madre de familia. Se da cuenta de la necesidad. Ve dónde está el remedio. Y con diligencia acude a él. Esto en lo que se refiere a la falta del vino. Su previsión y eficacia llega hasta el milagro. Apenas termina su diálogo con el Hijo, se va a los criados. Ha visto que hace falta prepararlos y los prepara. La intervención de su Hijo tenía que ser extraordinaria y los criados podían extrañarse y poner resistencia. Ya no habla más el Evangelista de la Madre de Jesús en Caná, pero ya ha dicho bastante sobre su papel maternal en las bodas. Madre inteligente y discreta, madre eficaz, madre caritativa.

Los frutos de su intervención han sido principalmente de tipo espiritual y mesiánico. El remedio de la necesidad temporal tiene poca importancia al lado de la gloria o manifestación mesiánica del Hijo y de la fe de los discípulos. Estos son los frutos que registra el Evangelista. Es decir, que María ha empezado su papel de Madre en la naciente comunidad de los fieles.

Aunque el P. Gächter cree que la Virgen no buscaba el milagro, las circunstancias y la conducta prueban lo contrario, y por eso la generalidad de los autores disienten de él.

Ahora bien, si la Virgen buscaba el milagro al dirigirse a su Hijo, dada su profunda mirada sobrenatural, no buscaba sólo el remedio temporal de los esposos. Esta era la ocasión para que su Hijo mostrase la gloria del Unigénito—Ella sabía muy bien quién era—y para que aquellos discípulos que le seguían se confirmasen en su adhesión a él. La Virgen busca todo esto y obra así como madre humana y como madre divina, como madre temporal y como madre espiritual.

Jesús en su respuesta parece atajar esta actividad maternal, que tendrá su plenitud y su tiempo propio. ¿Llega este momento? Este es el misterio de las palabras que le dirige en la cruz: *Mujer, he ahí tu hijo*.

No vamos ahora a probar el contenido espiritual y universal de esa frase. Lo hemos probado ya en otro trabajo<sup>52</sup>, y hoy se puede decir que es la sentencia más admitida. Al final del pasado año—1951—escribía el P. T. Gallus estas palabras, que pueden sintetizar el estado exegético de este texto: "Si ex solo textu et contextu maternitas spiritualis B. Virginis non potest deduci, quid verba illa Domini indicant? Curam temporalem? Potestne hoc componi cum mente Christi praesertim in supremo fastigio activitatis suae messianicae? Rectius putamus cum S. Augustino: "procul dubio, fratres, hic latet aliquid"<sup>53</sup>.

Las palabras de Jesús en la cruz abren a su Madre el camino que le cerró en Caná, el camino de su actividad maternal espiritual. Estamos en otra hora; empiezan otras relaciones de Jesús y de sus discípulos con la Madre. El Calvario ilumina así la escena de Caná. ¿Tendrá un sentido profundo y enfático aquel "ex illa hora" del discípulo Amado? ¿Habrà él relacionado esta hora con aquella otra de Caná, que no había llegado entonces? ¿Será aquella misma, que ha llegado?

#### IV. El texto y contenido inmediato.

Pasemos al estudio directo del texto y veamos si se puede mantener la misma línea de dirección que nos da el contexto remoto.

##### 1. *¿Quid mihi et tibi (est) mulier?* (τι ἐμοὶ καὶ σοί)

Los estudios publicados al presente prueban suficientemente el sentido negativo de esta frase. Por eso el P. Zerwick

<sup>52</sup> *Beata Virgo omnium spiritualis Mater ex Jn.* 19, 26-27: VerbDom 27 (1949) 65-73.

<sup>53</sup> En el juicio que hace de la obra de BERTETTO, D., *Maria nel domma cattolico*, Torino, 1950, en VerbDom 29 (1951) 373.

escribe, a propósito del artículo de Preisker: "Recte tamen Preisker in Io 2,4 repulsam videt" <sup>54</sup>.

Se puede dar por cierto hoy día que la respuesta de Jesús es negativa. Así lo prueban todos los trabajos publicados hasta el presente, todos los ejemplos que se aducen de la misma frase en otros textos bíblicos y la misma razón que aduce el Señor, cuando dice que *no ha llegado su hora*. La dificultad está en determinar concretamente el contenido negativo de la primera parte.

Generalmente se cree que el Señor niega lo que su Madre le pide. Como la mayoría de los autores sostiene justamente que su Madre le pedía un milagro, la mayoría sostiene también que el Señor en su respuesta niega el milagro. El Padre Gächter, para probar que el Señor no negaba el milagro, trató de probar que la Virgen no se lo pedía. Pero en este punto particular creemos que no se atiene al contexto. Nos parece cierto que la Virgen pedía un milagro. Lo que se debe averiguar es si la respuesta del Señor negativa afecta directamente al milagro y a la petición de la Virgen. Y en esto nos creemos obligados a disentir de la mayoría de los autores. El Señor en su respuesta no niega el milagro. La prueba la tenemos en que la Virgen no lo entendió así. Si las palabras del Hijo hubieran sonado a repulsa de su petición, Ella no hubiera ido inmediatamente a preparar a los criados, segura de que iba a suceder algo extraordinario. Si el Señor hubiera negado el milagro, tampoco lo hubiera hecho sin contradecirse a sí mismo.

Se dice que en el tono de voz, en el gesto, en algo que ha suprimido el Evangelista dejaría entrever el Señor que accedía a la petición de su Madre, por ser Ella, haciendo una excepción de la ley general o adelantando la hora. Esta solución se busca, se supone, pero no está en el texto inspirado, como nos lo transmite S. Juan. La exégesis debe hacerse a base de las palabras mismas sagradas.

Para armonizar la conducta afirmativa del Señor y el sentido afirmativo que la Virgen da a sus palabras en orden al milagro, hay que distinguir con Ruperto dos cosas en la actuación de la Virgen: su psicología y su petición. Su psicología era de madre, que pretendía socorrer a los esposos por un medio extraordinario, que pertenecía al orden mesiánico y debía revelar lo que era su Hijo y afianzar la fe de los discí-

<sup>54</sup> Dando cuenta del artículo de PREISKER, H., en *VerbDom* 29 (1954) 188.

pulos. La petición tenía por objeto remediar la necesidad temporal con un medio extraordinario.

Jesús en su respuesta se coloca en el plano superior de los principios y prescinde del caso particular. Dirigir la actividad mesiánica suya era cosa exclusiva de su Padre, no de su Madre, y a esto es a lo que responde directamente. No te pertenece a ti dirigirme en el camino de mi vocación o misión redentora. Los milagros entran de lleno en la obra que me ha confiado mi Padre. Su voluntad y no la tuya es la que yo tengo que obedecer en esta materia.

Si examinamos las palabras mismas de la respuesta, veremos que en sí mismas consideradas se mantienen dentro de esta órbita de negación *personal*.

"*Quid mihi et tibi?*". La negación está latente en el pronombre interrogativo, que puede ser equivalente al adverbio negativo: *nihil*, por el contexto presente y el alcance que tiene en los otros ejemplos, donde se hace uso de la misma frase.

¿Hacia dónde se orienta la negación? Hacia los dos pronombres personales "*mihi, tibi*", que están relacionados entre sí de una manera enfática por la conjunción *Kay, Et*.

Examinemos ahora el contenido de los dos pronombres. *MIHI* es pronombre que se refiere al que habla, a Cristo. ¿Qué conciencia tenía Cristo de sí en este momento, cuando habla de *sí mismo* en el IV Evangelio? Conciencia de su misión y vocación mesiánica, de Enviado singularísimo del Padre. La idea y la palabra de "misión", "enviar", es frecuentísima en el IV Evangelio. La conciencia y aun la revelación de que es el Mesías aparece desde el principio. Se revela como tal a Andrés y a Juan en las riberas del Jordán. Luego a Felipe. A Natanael. En la primera Pascua, con motivo de la expulsión de los vendedores, a Nicodemus, a la Samaritana. Jesús sabe quién es, habla y obra como quien es.

Si esta conciencia vale para cada instante de su vida, vale de una manera especial en esta respuesta misteriosa y seca a su Madre. Esa oposición que reflejan sus palabras entre El y Ella sólo se explica en esta conciencia de Unigénito del Padre, de Enviado del Padre.

*TIBI* es pronombre que se refiere a la Madre con quien habla. Para comprender el contenido de este pronombre en la mente de Jesús, se debe examinar el título que expresa el vocativo adjunto, pues este vocativo es el que expresa el contenido del pronombre de segunda persona: *Quid mihi et TIBI, MULIER?*

En seguida se ve la distancia enorme que hay entre el Uni-

génito del Padre, el Mesías Enviado por el Padre, que ha salido de su seno y ha de volver allí, y *la mujer* que le habla, aunque de hecho sea su madre, según la carne. Lo que le pide la Virgen pertenece al orden del Unigénito, del Enviado por el Padre, a la esfera jurisdiccional del Padre. La Virgen ha acudido a él como a Mesías, Hijo del Padre. Y en esta hipótesis procede la respuesta negativa: "Quid mihi et tibi, mulier?"

El contraste entre los dos pronombres está muy acentuado por la conjunción.

La negación de la respuesta se orienta así en sentido personal. En el mismo sentido que se orienta la respuesta del Templo y la respuesta posterior, cuando la Virgen vaya con sus parientes, queriendo hablarle. Y como, por otra parte, la orientación en el sentido del milagro o de la petición que hace la Virgen, queda excluida por la interpretación que Ella le ha dado y por la conducta afirmativa del mismo Jesús, queda como única y exclusiva esta orientación personal.

En el fondo de la respuesta hay una verdadera afirmación: el principio director de toda la actividad mesiánica de Jesús, que es el mandamiento de su Padre, la voluntad de su Padre, de quien dependía exclusivamente la acción histórica salvadora del Hijo. Afirmar esto no es nuevo ni tampoco es ofensivo para la Madre, como no fué ofensiva la respuesta que le dió en el Templo. Aquí hay todavía otro atenuante, que es la segunda parte de la respuesta y que al mismo tiempo revela suavemente el papel que ha de desempeñar la Madre en la economía de la redención. Si después hace lo que su Madre le ha pedido, es porque en esa petición ha visto Jesús la voluntad de su Padre.

## 2. *Nondum venit hora mea* (οὐπω ἔχει ἡ ὥρα μου)

Esta segunda parte de la respuesta se refiere ciertamente a la primera, la cual debe explicar y razonar. Si el sentido de la primera es rechazar la petición de la Virgen, esta segunda se deberá traducir así: "No puedo concederte lo que me pides, porque aun no ha llegado la hora de hacer milagros".

Esta explicación encuentra varias dificultades.

1.º) Dar por supuesto que la primera parte niega la petición que hace la Virgen, lo cual no está conforme con el contexto siguiente, y prescinde de que la negativa pueda referirse a la psicología de la Virgen, como hemos expuesto antes.



2.<sup>a</sup>) La razón que alega el Señor para negarse a hacer el milagro que le pide su Madre parece muy pequeña. Faltan muy pocos días para la primera Pascua, cuando va a hacer muchos milagros en Jerusalén. El adelantarse unos días no parece que justifique un tono tan resuelto y tan serio frente a su Madre y más, cuando luego él mismo se contradice haciendo lo que le ha pedido la Virgen.

3.<sup>a</sup>) El adverbio temporal *nondum* (οὐπω) parece indicar que, si hubiera llegado la hora de hacer los milagros, no habría ninguna dificultad en lo que pide la Virgen y que, por tanto, llegada esa hora, las relaciones del Hijo con la Madre deberían experimentar un cambio de mayor benevolencia y acercamiento. Este cambio se debería esperar desde la Pascua primera. Jesús, sin embargo, como hemos visto antes, sigue durante todo el ministerio público con la misma austeridad y frialdad frente a su Madre. Sólo en el Calvario parece cambiar, cuando se dirige por sí mismo a Ella y le hace la encomienda del discípulo Amado.

4.<sup>a</sup>) El verbo *venit* (ἦκει) de por sí puede tener sentido de perfecto o de futuro inmediato o presente. En el primer sentido se traduce: mi hora *no ha llegado*. En el segundo sentido se debe traducir: mi hora *no llega* todavía, le falta aún tiempo. (Cf. Io 8,42.)

Cualquiera de las dos traducciones son posibles gramaticalmente. Los que refieren la hora a la próxima Pascua escogen la primera y prescinden de la segunda, que no se les acomoda, ya que la Pascua estaba muy cerca. Esta exclusión hay que probarla. Tanto más cuanto que en los demás casos en que el Señor dice que su hora *no ha llegado* o que *ha llegado*, usa aoristo<sup>55</sup>, y cuando dice que está para llegar, usa *presente*<sup>56</sup>.

5.<sup>a</sup>) Aplicada la *hora* al tiempo de empezar los milagros, se rompe la dirección general que conserva esta palabra en el resto del Evangelio, sobre todo cuando se habla de la hora de Jesús. En este caso, que es aquí el nuestro, siempre se refiere a la salida del mundo, a su glorificación.

Esto tiene mayor fuerza, si se atiende *al artículo* (ἡ ὥρα), que indica algo determinado y conocido, y se puede aplicar mejor a ese momento cumbre de la vida del Señor, que es su salida del mundo, y adonde parece dirigirse toda su actividad.

6.<sup>a</sup>) El adjetivo posesivo "*mea*" (en griego, μου) se ex-

<sup>55</sup> ἐληλύθει Io 7, 30; 8, 20. ἐληλυθεν Io 12, 23; 13, 1; 17, 1. ἦλθεα 12, 27.

<sup>56</sup> ἔρχεται Io 4, 21, 23; 5, 25, 28; 16, 2, 25, 32.

plica mejor si lo referimos a algo directo y personal de Jesús, como es su glorificación y salida del mundo. El tiempo de empezar los milagros no era más de Jesús que el bautismo o el testimonio del Bautista.

Si en vez de referir la hora al momento de empezar los milagros, la relacionamos con el momento de consumar la redención, las dificultades parece que se resuelven.

El verbo *venit* (ἦλκει) puede traducirse por perfecto o por futuro inmediato; el adverbio temporal *nondum* (οὐπω) encuentra su réplica afirmativa en las palabras del Calvario, donde las relaciones de María con Jesús y su obra entran en una nueva fase; el pronombre *de mi* (μου) tiene un sentido exacto personal; el artículo tiene también su sentido pleno, pues designa la hora más concreta y conocida del Señor, la de su partida de este mundo.

Finalmente, la segunda parte mantiene su perfecta relación con la primera y le da un sentido propio y muy digno de Jesús y de su Madre. Mientras Jesús cumple la obra de su Padre, sólo El dispone de su voluntad. Ella consumada, la Madre entrará plenamente en la economía de la redención.

## V. El contenido mariológico.

Nos parece importante para la explicación del texto la intención que ha dirigido al Evangelista en la elección de este milagro.

Es claro que ha debido influir en su mente el fin apologético. De aquí la selección de datos y pormenores, que prueban hasta la evidencia la realidad histórica y sobrenatural del hecho; de aquí la consignación de los efectos del milagro. Jesús reveló su gloria y los discípulos se confirmaron en la fe.

Mas este fin no agota la intención del Evangelista. Creemos que San Juan, el hijo de María, como lo llama Jesús desde la cruz, se ha propuesto también mostrar la gloria de la Madre de Jesús. Este es el nombre que él siempre le da, como si no conociera el propio de María.

Dos veces menciona San Juan a la Madre de Jesús: una aquí en Caná, cuando el Unigénito muestra por primera vez la gloria del Padre. La segunda, en el Calvario, cuando consuma la voluntad del Padre y empieza su definitiva glorificación. En las dos ocasiones nos dice que estaba presente la Madre de Jesús. En el Calvario hay ciertamente un sentido profundamente mariológico. ¿No lo tendrá también el episodio de Caná?

En el Calvario Jesús nombra pública y oficialmente a su Madre por madre universal y espiritual de sus discípulos. En Caná es María la que por sí misma se toma este oficio de madre de todos. Madre temporal que quiere remediar la falta de los esposos y madre, sobre todo, espiritual que pretende revelar la gloria del Mesías y afianzar la fe de sus primeros discípulos.

La importancia que San Juan le ha dado a la presencia de la Virgen en Caná es la mejor prueba del fin mariológico que él se proponía también.

Como San Juan ha seleccionado los hechos generales de su Evangelio, así también ha seleccionado mucho los pormenores de cada narración. Ha omitido mucho y se ha quedado con lo más selecto y propio para su fin. En la historia de Caná ha suprimido mucho. Lo que conserva tiene su intención particular. Pues bien, después del hecho mismo del milagro, lo que tiene más importancia en la narración es la presencia de la Madre de Jesús. Desde el principio nos dice que Ella estaba allí. Es posible que la invitación de Jesús se debiera a la presencia de su Madre<sup>57</sup>. La preparación del milagro toda es de la Madre de Jesús. Ella advierte la falta del vino, Ella se dirige en seguida a Jesús, Ella dispone a los criados. Como preparó la hora de Belén, así prepara también la hora de Caná.

Dada la persona de quien narra, el discípulo que tomó a la Madre de Jesús por madre propia, dada la importancia que le ha dado en la escena del Calvario, dada la importancia que le da también en esta de Caná, el Evangelista no puede hablar aquí de la Madre para dejarla mal, sino para dejarla muy bien. De aquí un principio fundamental de exégesis: aquella explicación será más conforme a la mente del Evangelista que, conforme con la letra y el contexto, deje mejor la gloria de la Madre de Jesús.

Aunque éste es un principio claro, como observa Roschini<sup>58</sup>, no siempre se ha tenido en cuenta, y así se explican muchas desviaciones en la interpretación de nuestro texto. Unos autores dejan malparada la dignidad de la Virgen y otros no le dan todo el realce que Ella se merece<sup>59</sup>.

57 De la Virgen solamente dice que *estaba allí*. De Jesús dice que fué invitado. Alguien pudiera creer por el *ET, Kay* (*vocatus est autem et Iesus*) que también la Madre había sido invitada. Pero este *ET, Kay* se refiere a la invitación de los discípulos, como si dijera: fué invitado tanto (et) Jesús como (et) los discípulos.

58 *Vita di Maria*, p. 257-258.

59 GALLUS escribe recientemente que BERTRERO trata "valde leuene, ne dicam insufficienter" la importancia mariológica que tiene Io 2, 4: *VerbDom* 29 (1951) 373.

A base de este principio, examinemos las dos interpretaciones que venimos comparando: la que refiere la hora de Jesús a los milagros y la que la refiere a su salida del mundo.

En la primera interpretación, el Señor empieza *por rechazar* lo que le pide, el milagro en favor de los esposos. En la segunda interpretación el Señor no rechaza la petición de la Virgen; sólo afirma que su actividad mesiánica no depende de ella, sino del Padre.

En la primera interpretación la negativa queda suavizada en parte por la razón adjunta: no te puedo conceder lo que pides, porque no ha llegado el tiempo de hacer milagros. En la segunda interpretación también queda suavizada la negativa de subordinación, porque se limita al tiempo de su ministerio. Mientras consumo la obra de mi Padre, sólo dependo de El.

En la primera interpretación se hace ver el papel importante de la Virgen en la distribución de las gracias, por cuanto que su intercesión ha adelantado la hora de los milagros, o, por lo menos, ha logrado una excepción dentro de la ley general. Sin embargo, hay aquí algo anormal: la Virgen pide algo que está fuera de ley, la Virgen insiste en algo que no entra en el plan general del Padre y del Hijo. Su influencia se revela precisamente en lograr algo que cae fuera del plan general divino. En la segunda explicación la Virgen ni pide ni obtiene nada que esté fuera de Ley. La Virgen pide una cosa que entra dentro de la economía mesiánica. El mismo Señor viene a decir esto, cuando concede a su Madre lo que le ha pedido, después de haber hecho constar que él en el orden de los milagros tiene que seguir solamente la voluntad de su Padre. Si hace luego lo que le pide su Madre, es que la petición estaba conforme con la voluntad del Padre. Así tenemos doblemente afirmada la dignidad de la Virgen: obtiene lo que pide y pide siempre lo que es conforme a los planes salvadores y sapientísimos de Dios.

La importancia mariológica de Caná se puede decir que termina aquí en la primera explicación, cuando empieza precisamente lo más hermoso y propio de la segunda. La respuesta del Señor en nuestra exégesis contiene una fina y velada profecía del papel maternal que ha de desempeñar su Madre en la economía de la redención. Esta profecía se expresa muy tenuemente en la segunda parte de la respuesta: *nondum venit hora mea*. Si Jesús, mientras consume la obra de su Padre, sólo depende de El, parece indicar que, cuando consume esa obra, dependerá en cierta manera de alguien más, de su Madre. Es decir, que cuando llegue la hora de la propia glorifica-

ción y de la aplicación de sus méritos, la Virgen entrará en otra relación más estrecha con su Hijo.

Esta conclusión sería sólo una conjetura, si no se añadieran dos razones más:

1.<sup>a</sup> De hecho vemos en el Calvario que Jesús invita a su Madre a un papel trascendental y muy activo en el seno de sus fieles.

2.<sup>a</sup> Las dos escenas de Caná y el Calvario, conservadas por un mismo y único Evangelista, guardan entre sí íntima relación. En Caná la Virgen empieza a actuar como madre de los fieles. Jesús le dice que esa actuación suya no ha llegado todavía, que llegará al final de su vida. Y de hecho al final le confiere ese cargo maternal. Por otro lado, el carácter del IV Evangelio, dentro siempre de la más pura y exacta historicidad, como prueban entre otras cosas la finura de sus detalles, su marco geográfico y cronológico, tiene mucho de simbólico. Los hechos que cuenta son verdaderos tipos y figuras de realidades espirituales. Así, la curación del ciego de nacimiento es un hecho histórico cargado de un simbolismo espiritual: Jesús, luz de los hombres. La resurrección de Lázaro es igualmente una historia con sentido de parábola: Jesús, vida y resurrección de los hombres. Este simbolismo puede darse también en Caná. La realidad histórica de la conversión del agua en vino es tipo de la transformación espiritual que Jesús venía a operar en el mundo del espíritu.

Si el milagro tiene su simbolismo, el modo como se opera le puede también tener. La intervención de la Madre de Jesús en este momento histórico es símbolo de su influencia en la transformación que va a obrar la levadura del cristianismo en la masa del paganismo y judaísmo desde el día en que Jesús consume su actividad redentora.

Y esto que ahora cuenta San Juan con sentido de figura y símbolo, será lo que exprese cuando diga que él, en nombre de todos los que son amados de Jesús, ha tomado a su Madre por madre propia.

## VI. Conclusión mariológica.

La hora de Jesús la explica San Juan como el momento de dejar el mundo y volverse a su Padre (13,1), como el momento de que el Padre glorifique al Hijo, para que el Hijo dé la vida eterna a los elegidos del Padre, la vida eterna que consiste en conocer al Padre y en conocer a Jesucristo su Enviado (17,1-3). En este momento es cuando Jesús, desde la cruz, le dice a su

Madre que mire por sus fieles, que se quedan en el mundo. Y a este momento, según hemos explicado, alude en su respuesta en Caná. Es decir, que mientras Jesús está en el mundo, El es quien tiene que actuar, bajo la dirección de su Padre. El guarda a sus fieles, El mira por ellos. Cuando El se vaya es cuando tiene que actuar su Madre.

¿En qué sentido ha de actuar? En el mismo que actúa en Caná: cooperando a la gloria de Jesús y a la fe de los discípulos. Así se logrará el fin de la Encarnación: El Verbo se hizo carne para que todos los que creen en él tengan la vida eterna. María ha de actuar como madre espiritual y universal de todos los fieles, como madre de vida eterna, que consiste en que los hombres conozcan al Padre y al Hijo. En la hora de la glorificación de Jesús, que coincide con la hora de la vida eterna, entra también la hora de su Madre.

San Juan tiene también otra nota para describir la hora de Jesús: la efusión del Espíritu Santo, que no se da a los fieles hasta que Jesús no se va y es glorificado (7,39; 16,7).

Tenemos así tres notas esenciales de la hora de Jesús: es el momento de que el Padre sea conocido, el momento de que el Hijo sea glorificado, el momento de que el Espíritu Santo sea derramado sobre toda carne. El momento de la vida eterna. En este momento entra María. ¿No confirma esta verdad toda la historia mariana de la Iglesia y de las almas?

JUAN LEAL, S. I.

*Profesor de la Sagrada Escritura en la Facultad teológica de Granada.*